

Dios dijeron. Me refería yo á que nada tiene que ver que tú, por los azares de la vida, hayas dejado de constituir una familia, para que puedas comprender y apreciar los encantos de la vida doméstica; lo que la familia significa para el hombre; el ánimo que le presta en la adversidad... en la desgracia...

TÍO CAYETANO. Ahí va, ahí va... El ánimo... el... ¿eh?... La vida doméstica... la... ¿eh? Porque hay momentos... hay momentos...

DON SEGISMUNDO. No te canses: ya sé por donde vas.

TÍO CAYETANO. ¿Eh? Hay momentos... ¿eh?

DON SEGISMUNDO. ¡Y dices que no se te ocurre nada cuando duermes la siesta!... En la vida hay momentos que son toda la vida. ¡Qué bien lo has visto, Cayetano!

TÍO CAYETANO. ¡Eso: toda la vida!

DON SEGISMUNDO. Más de una vez he hablado yo con mi mujer, y con Fifi, que es muy sentadita, de tu amargura inmensa la noche aquella en que te dió el amaguillo cerebral.

TÍO CAYETANO. ¡Oh!

DON SEGISMUNDO. ¡Verte solo en tu casa, sin más asistencia que la de tus criados, que por fieles que sean no pasan de ser servidores; sin una mano querida que estrechar, sin unos ojos en que fijar los tuyos y que te miraran como sólo miran los de los hijos y los de las esposas!... Horrible, horrible.

TÍO CAYETANO. Inquieto, nervioso, pálido. Horrible... es muy cierto. Te juro que pasé un ratito... Ho-

rrible, Segismundo... No me quisiera ver en otra, no.

DON SEGISMUNDO. Ni hay que pensar en ello, tonto... Por fortuna tu salud es de roble: tienes una energía juvenil que yo te envidio cordialmente... Pero, ¿me permites que te haga una pregunta, hija de una idea que ahora mismo entra en mi cerebro, con la fuerza de la inspiración momentánea?

TÍO CAYETANO. Sí, hombre... ¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

DON SEGISMUNDO. Vas á perdonarme lo que pueda haber en ella de impertinente ó de indiscreto; pero tal como se me ha ocurrido, allá va. Mirándolo con atención, y dándole un rápido golpecillo en un hombro. ¿Por qué no te casas?

TÍO CAYETANO. Riéndose como quien se siente lisonjeado por la pregunta. ¡Ja, ja, ja!... Por qué no me caso... No está mal... no está mal... Por qué no me caso... Me ha hecho gracia la idea... ¡Ja, ja, ja!

DON SEGISMUNDO. Sí, señor, sí: y me atrevo á repetirte la pregunta: ¿por qué no te casas?

TÍO CAYETANO. No, si ya lo he pensado yo muchas veces... Yo ya... ¿eh?... ya yo... Pero ¡como siempre he sido un *turista!*...

DON SEGISMUNDO. ¡Anda con Dios!

TÍO CAYETANO. Sí, hombre, sí: un *turista!*... ¡Siempre he sido un *turista!*...

DON SEGISMUNDO. Jovialmente. Mira, mira, no te me vengas á mí con historias... ¿Qué es eso de un *turista?*

TÍO CAYETANO. ¡Pues un *turista!* ¡La palabra

lo dice, señor! Un hombre que come bien, bebe bien... y le gustan las buenas mujeres.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Y es verdad: ¡siempre has sido un *turista!* Pero aun así, á pesar de esas aficiones, me declaras que muchas veces has pensado en el matrimonio...

TÍO CAYETANO. Ah, sí: he pensado... ya lo creo que he pensado... Antes, ¿eh? antes... ¿Á mi edad ya quién...?

DON SEGISMUNDO. ¡Á tu edad! ¡á tu edad! ¡Chistosa callejuela! ¡ja, ja!

TÍO CAYETANO. Halagadísimo. ¿Te ríes, eh?

DON SEGISMUNDO. ¿No me he de reír, grandísimo *turista?* ¿No me he de reír? Tú lo sabes mejor que yo: eso de la edad es el mayor de los convencionalismos. En rigor, no hay edades. Hay quien se muere á los seis meses y quien se muere á los noventa años... ¿Cuál era el más viejo? ¡El de los seis meses, que se murió antes!

TÍO CAYETANO. Eso sí: eso es una verdad muy profunda. Hay quien se muere á los seis meses.

DON SEGISMUNDO. ¡Más es! ¡Hay quien teniendo veinticinco años, tiene sesenta!...

TÍO CAYETANO. ¡Justo! ¡te lo iba yo á decir! ¡Como hay quien teniendo sesenta...! ¿eh?

DON SEGISMUNDO. ¡No tiene más que veinticinco!

TÍO CAYETANO. ¡Justo! ¡justo!

DON SEGISMUNDO. ¡En mi casa, sin ir más lejos, lo ves! Rosalía es mi hija mayor: Fifi es la más pequeña: ¡pues ahí están ellas dándole un mentís

á la edad! La mayor es Fifi, y la más pequeña es Rosalía. ¿Por qué? ¡Porque Rosalía tiene la ligereza y la sangre de una chicuela de quince abriles, y Fifi tiene toda la cachaza y todo el sosiego de una mujer de cuarenta años!

TÍO CAYETANO. Sí; sí Ya lo he notado yo.

DON SEGISMUNDO. Riéndose. ¡Pero has tenido muchísima gracia! ¡La tapaderilla de la edad que se busca! ¡Ja, ja! Me voy, me voy... porque no quiero andar con viejos... no se me peguen los alifafes... ¡Está bien! ¡está bien!... ¡Lo que tú eres un empedernido *turista!*... ¡Eso es lo que tú eres! ¡*Turista!* ¡más que *turista!*... ¡Me ha hecho llorar el demonio del hombre!

Éntrase en la casa, llorando materialmente de risa. El tío Cayetano también ríe.

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Segismundo este!... ¿Eh? ¡Cómo se ha reído!... ¡Claro! yo... yo...

Llegan por la derecha ALFREDO y MARÍA.

MARÍA. ¡Caramba! ¡Señor don Cayetano!...

TÍO CAYETANO. ¡Oh, señores! Queridísimo Marín, ¿qué tal va ese valor?

MARÍA. Ya parece que hemos echado la ruina fuera. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¡Vaya, hombre, vaya!

MARÍA. ¡Á usted sí que lo encuentro al pelo! ¡Pero al pelo!

TÍO CAYETANO. ¿Sí, eh?

MARÍA. Sí, señor: unos colores envidiables, un aspecto de salud que da gozo. ¿Verdad, Alfredo?

ALFREDO. Como que esto le está sentando muy bien.

TÍO CAYETANO. Ah, sí: esto me está sentando muy bien.

MARÍA. Muy bien, es poco: ¡archibién! ¡Si parece usted un muchacho! ¡Qué fuego en la mirada! ¡qué lozanía! Yo, como le he visto las orejas al lobo, nada envidio ya como la salud.

TÍO CAYETANO. ¡Asomó el aprensivo! Porque este es un aprensivo muy grande.

ALFREDO. Incorregible.

TÍO CAYETANO. No sea usted aprensivo, hombre de Dios. La ciencia ha adelantado mucho. ¡Ya se muere muy poca gente!

MARÍA. Toda la que nace, don Cayetano. ¡Pero ni con usted ni conmigo va eso ahora!

Sale de la casa FIFI. En el delantal trae un poco de trigo.

FIFI. Sorprendida. Ay, buenas tardes. No sabía que estaba usted aquí.

ALFREDO. Avisaré yo á todos. Éntrase en la casa.

MARÍA. ¿Cómo sigue usted?

FIFI. Bien, ¿y usted?

MARÍA. Perfectamente ya; muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Adónde vas con ese trigo, Fifi?

FIFI. Á echarles de comer á las gallinas. Con permiso de ustedes.

TÍO CAYETANO. Aguarda, mujer, aguarda un poco. Te acompañaré yo en la empresa. ¡Ja, ja, ja! Á Marín. Es una muchacha... pero tiene cuarenta años. Hasta ahora, querido Marín; hasta ahora.

Fifi se va por detrás de la casa y el tío Cayetano la sigue.

MARÍA. Adiós, don Cayetano, adiós. ¡Qué simpática es la familia esta!

Sale MARUCHA de la casa.

MARUCHA. ¡Dichosos los ojos, amigo Marín!

MARÍN. ¡Oh, Maruchita! ¿Cómo va?

MARUCHA. Es usted muy malo, muy malo; el más malo de todos.

MARÍN. ¿Por qué soy tan malo?

MARUCHA. Siéntese usted y se lo diré. *Se sienta ella.* ¿Ó es que está usted ya rabiando por irse? ¿Nos va usted á hacer visita de médico?

MARÍN. Todo lo contrario: de enfermo.

MARUCHA. *Con interés mimoso.* ¿De enfermo?...

MARÍN. De enfermo ya curado y agradecido.

MARUCHA. ¡Ah! me asustó usted. Vamos, ¿no se sienta?

MARÍN. ¿Cómo no?

MARUCHA. ¡Ay, qué lejos! ¿Usted se cree que yo me como á los asturianos?

MARÍN. ¡Ojalá! *Se sienta cerca de ella.* Todos los asturianos, desde don Pelayo inclusive, se dejarían comer por usted.

MARUCHA. ¿Sí, verdad? ¡Mira qué malo ha salido de las calenturitas! ¡Pícaro! ¡Más que pícaro! Si no paso el bochorno de escribirle yo una postal, no viene usted á despedirse. ¡Malo! ¡Con los calditos que yo le preparaba!...

MARÍN. Pero, Maruchita, ¿de veras cree usted que iba yo á despedirme á la francesa?

MARUCHA. Y tan de veras como lo creo.

MARÍN. Ah, pues no: modifique usted su juicio sobre mi persona, porque entre mis innumerables defectos, el de ser ingrato no cuenta. Se lo aseguro á usted.

MARUCHA. ¿Y el de ser hipócrita?

MARÍN. Ése, menos: no sé fingir. Por eso á veces paso por huraño y adusto: porque no sé fingir.

MARUCHA. ¡Anda! se ha puesto serio.

MARÍN. Para que usted me crea. Y porque es bien serio lo que siento. La gratitud que me liga á ustedes durará lo que dure mi corazón.

MARUCHA. Ay, lo que se me ocurre...

MARÍN. ¿Qué?

MARUCHA. Nada: no se lo digo... Soy muy tonta. Siga usted hablando, Marín.

MARÍN. Yo no puedo olvidar que en una crisis de mi vida, me he visto enfermo lejos de mis padres, y de mi casa, y de mis montañas... y que su madre de usted, Marucha, velándome la fiebre á la cabecera, alguna vez llegó á parecerme la mía. Esto yo no puedo olvidarlo.

MARUCHA. ¡Qué bueno es usted, Marín! Pero ¡qué bueno, qué bueno! Aquello de malo que le dije antes era de broma. Yo no he visto nunca un hombre más bueno.

MARÍN. Bueno ó malo, Marucha, ingrato es lo que desde luego no soy. Puede usted creer que si dejo á Madrid con pena, es sólo por ustedes.

MARUCHA. ¿Por ustedes? ¿Y quiénes son ustedes?

MARÍN. Ustedes: sus padres, sus hermanas, usted...

MARUCHA. Usted... no és ustedes.

MARÍN. ¡Claro! Usted es usted.

MARUCHA. Yo

MARÍN. La firmante de la postalita, gracias á la cual estoy yo aquí.

MARUCHA. No sea usted malo, que ya le he dicho á usted que es bueno. Y no finja usted; que lo que menos le importa de Madrid es la firmante de la postalita.

MARÍN. Le repito á usted que no finjo. Cuando no siento una cosa, no la digo jamás.

MARUCHA. Entonces, yo no sé qué pensar de usted... ¡Ay, qué hombre más malo!

MARÍN. Pero veo que otorga usted títulos de bondad y de maldad con gran ligereza.

MARUCHA. No, señor; sino que si usted se va de Madrid apenado porque me ha conocido y siente dejarme... pues usted es muy malo, Marín.

MARÍN. ¿Malo porque sientó dejarla á usted? Pues ¿no era malo porque me iba tan fresco, según usted creía?

MARUCHA. Sí, es verdad; y es usted muy bueno.

MARÍN. ¿Muy bueno?

MARUCHA. Muy bueno. Pero... francamente... me mira usted de un modo, que es usted muy malo.

MARÍN. ¿Vamos á dejarlo en regular?

MARUCHA. Eso es; regular de malo y regular de bueno. Con unos granitos más de malo.

MARÍN. ¡Ja, ja, ja!

MARUCHA. Y yo, ¿cómo le parezco á usted? ¿Mala ó buena?

MARÍN. Muy mala.

MARUCHA. ¡Qué pronto lo ha dicho! Pero eso es broma; es usted muy malo; porque si le pareciese tan mala... no le importaría á usted dejarme. Ya lo cogí.

BIENHECHOS DE...
BIBLIOTECA...
"ALFONSO..."
MAYO 1911

MARÍN. Efectivamente; me cogió. No hay réplica.

MARUCHA. No; de verdad. En serio, como se puso usted antes, Marín: ¿qué le parezco á usted?

MARÍN. ¡Preciosa!

MARUCHA. ¡Ay, qué malo!

MARÍN. Tan preciosa, Marucha, tan atractiva...

MARUCHA. Por Dios... Leopoldo... no me vaya usted á decir una cosa muy mala que le estoy leyendo á usted detrás de los ojos...

MARÍN. ¿Y es muy mala esa cosa, Marucha?

MARUCHA. No... muy mala, no; regular de mala, también.

MARÍN. Como yo, entonces; eso le probará á usted que es sincera.

MARUCHA. Pero, de todos modos, no me la diga usted ahora... que me va á dar muchísimo pavo...

MARÍN. Si usted ya la ha leído, ¿para qué tengo yo que decírsela?

MARUCHA. ¿Y si me he equivocado en la lectura, Marín?

MARÍN. No; no se ha equivocado usted, Maruchita.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo! Digo, no; ¡ay, qué bueno!... ¡Jesús bendito! El tío Cayetano viene ahí... Y nos va á ver juntos... y se va á pensar cualquier cosa muy mala... Yo me marché... Leopoldo... Hacia allá, ¿sabe usted?... Voy á sentarme en aquel banquito... Usted haga lo que quiera... Cogere mientras una flor y le preguntaré una cosa... Se retira por la derecha, sin dejar de mirar á Marín.

MARÍN. ¡Es encantadora esta chica! ¡Qué atrac-

tivo tiene! Me da el corazón que he hecho un viaje completo.

Sale el Tío CAYETANO por donde se marchó.

Tío CAYETANO. ¿Qué es eso, hombre? Pero aún está usted aquí solo?

MARÍN. No, señor, no; estaba bien acompañado. Hablaba con Marucha, que se ha ido allá... á coger unas flores...

Tío CAYETANO. Ah, vamos, con Marucha. Es verdad, sí; allá la veo. ¿Á coger flores, eh?

MARÍN. Ocupación de jóvenes, don Cayetano.

Tío CAYETANO. Justo, sí; eso iba yo á decirle: los jóvenes, ¿eh? á coger flores. ¿Eh? ¡Á coger flores!

MARÍN. Pues todavía puede usted coger alguna. ¡Porque usted se conserva que es un gusto!...

Tío CAYETANO. ¿Sí, eh?... Hombre, yo... la verdad... Oiga usted, yo siempre he pensado que eso de la edad no existe...

Marín no quita ojo al sitio por donde Marucha se fué.

MARÍN. ¿Qué no existe la edad?

Tío CAYETANO. No existe, no... porque... Usted vea: hay quien se muere á los seis meses y quien se muere á los noventa años... ¿eh? ¿Cuál es el más joven? ¡Pues el de noventa años... porque el otro se muere antes! ¿Eh? ¿eh?

MARÍN. Sí, señor, sí. Temo que Maruchita se aburra. Voy allá...

Tío CAYETANO. En esta casa misma está el ejemplo: la mayor de las muchachas es Rosalía, y Fifi es la menor. Bueno, pues... ¿usted no lo ha

notado? ¡Fifi parece que tiene cuarenta años y Rosalía diez y seis!... ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

MARÍN. Ah, justo, sí: esa observación es muy buena.

TÍO CAYETANO. ¿Eh? Rosalía...

MARÍN. Que sí, que sí: Rosalía es la menor siendo la mayor y Fifi la mayor siendo la menor. Entendido. Pero Maruchita es el término medio, que es el mío por ahora. Dispéñeme usted, querido amigo. Se va con Marucha.

TÍO CAYETANO. ¡El término medio! ¡Qué gracioso! Ya yo se lo iba á decir... pero él se anticipó.

Salen de la casa ALFREDO y ROSALÍA.

ROSALÍA. Aquí te pillo, aquí te cojo.

TÍO CAYETANO. ¿Eso es á mí?

ALFREDO. Á usted, á usted mismito.

ROSALÍA. Prepárese usted: se trata de un tiro á quema ropa.

TÍO CAYETANO. ¿De un tiro?

ALFREDO. Sí, señor.

ROSALÍA. Verá usted el asunto: Alfredo me quiere un disparate.

ALFREDO. La quiero un disparate.

ROSALÍA. Yo lo quiero á él otro disparate.

ALFREDO. Ella me quiere á mí otro disparate.

ROSALÍA. Y otro disparate que pensamos hacer este otoño...

ALFREDO. Son tres disparates.

ROSALÍA. ¿Usted apadrina tantos disparates?

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una preguntita salada! ¡Eso no había ni que tratarlo!

ROSALÍA. ¡Ole mi tío, qué retebueno es! Déme usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte.

TÍO CAYETANO. Abrazándola. ¿No se enfadará Alfredo?

ALFREDO. No, señor; porque después de abrazarla á ella me abraza usted á mí, y yo me quedo con los dos abrazos.

TÍO CAYETANO. Abrazándolo. ¡Ja, ja, ja! ¿Con que para el otoño, ¿eh?... para el otoño?

ROSALÍA. Para el otoño, sí.

ALFREDO. ¡Gracias á Dios que voy á casarme!

ROSALÍA. Que vamos á casarnos; no me dejes fuera en las gracias á Dios.

ALFREDO. ¡Como que los dos soñamos con ese día!

TÍO CAYETANO. Sí; realmente... ¿eh?

ALFREDO. Realmente, tío Cayetano, dadas nuestras costumbres y la sociedad en que vivimos, es el único estado en que se puede pasar bien.

ROSALÍA. Se suele pasar mal; pero es el único en que se puede pasar bien.

TÍO CAYETANO. Sí, es el único... sí... Ya... yo...

ALFREDO. La soltería, sobre todo para los hombres, está erizada de peligros.

ROSALÍA. ¡Erizada!

TÍO CAYETANO. Sí... sí está erizada.

ALFREDO. La vida entre criados ó de hotel en hotel es aburridísima, fastidiosa...

ROSALÍA. Y lo peor no es eso: sino que á última hora se encapricha usted con una fregona de buen palmito... ó con una lagarta...

ALFREDO. Y acaba por hacer viejo mal lo que joven pudo hacer bien.

TÍO CAYETANO. Sí... eso lo he dicho yo mil veces: de viejo se hace mal lo que de joven se hace bien.

ALFREDO. Como otros peligros inevitables y tremendos. Ya ha visto usted ese pobre señor de que ayer hablaban los papeles.

ROSALÍA. Una cosa horrible: ¡le han cortado el pescuezo entre el ayuda de cámara y el pinche de cocina!

ALFREDO. ¡Por vivir solo como un hongo! ¿No lo ha leído usted?

TÍO CAYETANO. ¡Ni lo leo! Luego en la siesta es ella: se me representa todo junto... y no duermo tranquilo.

ALFREDO. Por eso yo, tío Cayetano, este otoño, al pueblo con mi mujercita. A trabajar allí como un hombre... y á vivir contento y en paz.

ROSALÍA. ¡Y el que quiera más felicidad, que la pinte!

TÍO CAYETANO. Que la pinte, ¿eh?... que la pinte.

Sale Fifi por detrás de la casa y atraviesa hacia la derecha.

ALFREDO. Que la pinte. ¿Adónde vas, Fifi?

TÍO CAYETANO. ¡Fifi! ¿Adónde vas?

FIFI. Allí con Marucha.

TÍO CAYETANO. Ven acá, mujer.

ROSALÍA. Ven acá.

FIFI. No, que está ahí Alfredo y se burla de mí. *Vase.*

ALFREDO. ¡Qué chiquilla!

TÍO CAYETANO. Es una chiquilla; pero tiene cuarenta años.

ALFREDO. Tiene más.

TÍO CAYETANO. ¿Tiene más, eh?

ALFREDO. En bondad y en sentido práctico de la vida y de las cosas, tiene más.

ROSALÍA. ¡Es una señora mayor!

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Dice que es una señora mayor!...

ALFREDO. Mire usted, tío Cayetano: á mí me han derretido los sesos los ojos de mi novia, pero no por eso dejo de comprender que la perla de la casa es Fifi.

TÍO CAYETANO. Fifi... ¿eh?... Fifi... ¿Vamos allá á enredar un rato?

ALFREDO. Vamos allá.

TÍO CAYETANO. Del brazo de Alfredo. ¡Niñas! ¡niñas! ¿Hay sitio para este par de mozos?

Se van por la derecha los dos. Rosalía, que va á seguirlos, se detiene al ver salir á DON SEGISMUNDO de la casa, y se acerca á él.

ROSALÍA. Papá.

DON SEGISMUNDO. Hola, secretaria. ¿Qué quieres?

ROSALÍA. Haces muy bien en no enseñar en ningún idioma la palabra incasable. Eres un genio, aunque yo sea tu hija. Y Alfredo te ha salido un discípulo que ya, ya. Acaba de decirle al tío Cayetano que Fifi es la perla de la casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. Como tengamos hijas, lo que es á ése no se le quedarán solteras. Voy con él. *Márchase por la derecha.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien; muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Mucho, señor, mucho!... Ya salió, ya salió... Asomándose por detrás de la casa. ¡Elvira! ¡Elvira!

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué quieres, Segis?

DON SEGISMUNDO. Echa la vista hacia aquel banco, pero sin mirar... Como si tuvieses puestas las gafas negras.

DOÑA ELVIRA. ¡Todos allí!

DON SEGISMUNDO. ¡Todos! ¡Por parejas, Elvira!

Los dos miran disimuladamente, fingiendo que no miran.

DOÑA ELVIRA. Fifi, el ángel mío, con Cayetano... ¿verdad?

DON SEGISMUNDO. Y Maruchita, el otro ángel tuyo, con Marín.

DOÑA ELVIRA. Pero ¿será posible, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Pues ¿no lo ves claro, mujer?

DOÑA ELVIRA. ¡Lo de Cayetano sería demasiada ventura! ¡Un hombre de su posición y de sus prendas!

DON SEGISMUNDO. Pues dalo por hecho. Cayetano no piensa más que lo que á mí se me antoja que piense. ¿Tú te haces cargo?... Todas las mañanas, hasta que se case, como quien le da la ropa interior, le daré las ideas que hayan de llevarlo á la Vicaría... Ése es mi cuidado. Y no creas sino que le hacemos un gran servicio. Á él y á Fifi.

DOÑA ELVIRA. ¡Hija de mi alma!

DON SEGISMUNDO. Serán felices... serán felices... Y si Dios les concede algún hijo, no será tonto. Porque como fuerzas iguales se destruyen..

DOÑA ELVIRA. No te entiendo, Segis.

DON SEGISMUNDO. En este punto, basta con que me entienda yo.

DOÑA ELVIRA. ¿Te parece que los llamemos para ir hacia la mesa?

DON SEGISMUNDO. ¿Todo está listo ya?

DOÑA ELVIRA. Todo.

DON SEGISMUNDO. Pues á la mesa entonces, que en la mesa se fortifica el amor: se alimenta... y bebe. *Llamando.* ¡Jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Llama también á Cayetano.

DON SEGISMUNDO. ¡Si por él he dicho lo de jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Ya.

DON SEGISMUNDO. ¡Jóvenes!

TÍO CAYETANO. *Dentro.* ¿Qué pasa?

DON SEGISMUNDO. *A doña Elvira.* ¿Ves? Á los otros. ¡Que la mesa espera! ¡Que no se vive sólo de ilusiones! ¡Que los viejos, por lo menos los viejos, tenemos apetito!

Se oyen dentro grandes carcajadas de todos y algunos aplausos.

DOÑA ELVIRA. ¡Andad, andad hacia la mesa!

DON SEGISMUNDO. Son dichosos, Elvira. No hay que dudarlo.

Aparecen MARÍN y MARUCHA.

MARÍN. En esta casa, don Segismundo, las horas se vuelven minutos.

DON SEGISMUNDO. Eso quiero yo; eso quiero yo.

MARUCHA. Venga usted, Marín, que lo voy á sentar á mi lado.

MARÍN. ¡Aunque me cuelgue usted del techo estaré contentísimo!

Entran en la casa. Don Segismundo y doña Elvira, que los contemplan hechizados, se miran luego sonrientes, con veinticinco comentarios en cada ojo. Salen el Tío CAYETANO y FIFI.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Fifi? ¿Lo apruebas, Fifi? Oye, Segismundo, le digo yo á Fifi, que si ese muchacho Marín se quedara un día más, haríamos mañana una excursión en burro. ¡Se me ha ocurrido eso! ¿Eh? ¡Una excursión en burro!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Una excursión en burro... Muy oportuna idea...

FIFI. ¡Iremos á las peñas, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Iremos adonde tú guíes! Y ahora... ahora... ¡á hacer por la vida!

Éntrase en la casa con Fifi. Los esposos vuelven á mirarse como antes. Salen ALFREDO y ROSALÍA.

ROSALÍA. Papá: mamá: dice Alfredo que esta noche pierde Marín el tren; y digo yo que mañana se cae el tío Cayetano de su burro.

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley.

ALFREDO. Don Segismundo: doña Elvira...

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

ALFREDO. Ya pueden ustedes decir lo que gusten... y yo también: pero el que se lleva la perla de la casa, soy yo.

Nuevas risas. Éntrase en la casa con Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Está bien... está bien...

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo!...

DON SEGISMUNDO. ¡Elvira!...

DOÑA ELVIRA. ¡Conseguido nuestro ideal!

DON SEGISMUNDO. ¡Que se lo doy yo á los conquistadores de América!

DOÑA ELVIRA. ¿Le pides algo á Dios en este momento?

DON SEGISMUNDO. ¡Sí! Que sean tan felices como nosotros... y que *eso*... ¡sea varón!

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la casa.

FIN DE LA COMEDIA

Santander, Agosto, 1908